

# Telúricos y evadidos en la era de internet

Jorge Eduardo Benavides

En mayo de 2005 inicié, junto con otras tres personas, una aventura literaria de la que nunca sospeché las sorprendentes consecuencias: un congreso de narrativa peruana, el primero que se haría fuera del suelo patrio y el segundo de estas características en general, pues a finales de los años sesenta se organizó el primer encuentro en el Perú. Por entonces, ya había existido una polémica que casi cuarenta años después seguía viva, aunque soterradamente, y que el encuentro de Madrid teñiría de virulencia: la vieja dicotomía entre literatura comprometida y literatura evadida.

El congreso de narradores pretendía —algo temerariamente— traer a una gran mayoría de escritores, críticos y profesores peruanos especialistas en nuestra rica tradición literaria para que debatieran y confrontaran posiciones acerca de nuestra herencia narrativa y sobre todo para que establecieran las pautas necesarias para hacer un balance acerca de los últimos 25 años de nuestra literatura. Y es que ese último cuarto de siglo había resultado dramático para el Perú: No sólo significó el regreso de la democracia después de once años de dictadura militar y de la mano de quien fuera precisamente el último presidente electo, Fernando Belaúnde, sino el desencanto de la misma, un par de terremotos económicos que dejaron al país exhausto, una ola emigratoria como nunca antes habíamos conocido y sobre todo la irrupción del salvaje terrorismo de Sendero Luminoso que dejó un escalofriante balance de más de setenta mil muertos en cerca de diez años terribles de cruenta guerra.

Pues bien, partíamos de la idea de que esos 25 años debían de haber tenido una repercusión importante en nuestra narrativa: nuestros escritores seguramente habían registrado a través de sus cuentos y novelas qué es lo que había ocurrido, cómo veían ellos aquel tiempo terrible. Y es que en los últimos años apareció en nuestro panorama literario nacional una generación de escritores

que parecían despertar con vigor y rebeldía a nuestro quehacer narrativo.

Hasta muy entrados los años ochenta, la literatura peruana era conocida fuera de sus fronteras por tres escritores que, a día de hoy siguen siendo los más conocidos sin lugar a dudas: Mario Vargas Llosa, Alfredo Bryce Echenique y Julio Ramón Ribeyro. Ellos publicaban en España, eran traducidos a muchos idiomas y formaban parte, junto a un puñado de escritores hispanoamericanos, de eso que se ha dado en llamar el *boom* de la narrativa hispanoamericana. Es cierto que aquí podría matizarse esta aseveración y decirse que Vargas Llosa es el único que pertenece a esta corriente y que Ribeyro y Bryce no, uno porque su literatura pasó un poco de puntillas por ese círculo y el otro porque generacionalmente parece no corresponder a ese momento. Pero eso sería a la luz del tiempo transcurrido un exceso de precisión. Aunque naturalmente, estos no eran los únicos escritores peruanos: Estaba José María Arguedas, muerto prematuramente y por su propia mano en 1969, estaba Manuel Scorza (quien murió en un accidente de avión en Barajas en 1983), estaban Miguel Gutiérrez y Oswaldo Reynoso, y algo más jóvenes estaban ya escribiendo y publicando Alonso Cueto, Fernando Ampuero, Oscar Colchado, Gregorio Martínez, Cromwell Jara y otros que empiezan a ser conocidos a principios de los años ochenta. Ellos fueron quienes animaron o más bien mantuvieron la precaria salud de nuestras letras en aquellos años de hiperinflación y terrorismo, convirtiéndose así en el referente para una nueva generación de jóvenes escritores que velaban sus primeras armas literarias en esos años ásperos y desencantados: Fernando Iwasaki, Ivan Thays o Santiago Roncagliolo, Luis Nieto Degregori, Oscar Malca, Leyla Bartet, Patricia de Souza, Carlos Herrera, Giovanna Pollarolo, Gustavo Rodríguez, Javier Arévalo, Jaime Bayly, aunque de edades, preferencias y tradiciones muy distintas — junto a algunos otros— fueron colocando, ladrillo a ladrillo, el argumento necesario para afirmar que nuestra literatura crecía vigorosa y ajena a las penitencias económicas y sociales que amenazaban constantemente con sepultarla para siempre.

Vargas Llosa, en la conferencia inaugural de aquel congreso madrileño, explicó que la primera vez que tuvo conciencia de que era latinoamericano fue en Francia, pues en aquel tiempo lejano los

escritores que llegaban a la Europa más cosmopolita recién tenían conocimiento de ese grado de relación con los demás americanos. Y después contó que cuando él era joven, en el Perú del que había salido sólo existían dos opciones para ser escritor: o uno era «telúrico» o era un «evadido». No había más opciones. Así pues, los escritores de ese mundo lejano y casi arcádico de donde provenía Vargas Llosa sólo podían ser escritores sociales, comprometidos, glosadores del Perú más profundo (sea eso lo que sea) o bien escritores extranjerizantes, más bien frívolos, presas de un decadente cosmopolitismo y que pervertían el carácter sagrado de la literatura...

También se felicitaba Vargas Llosa de que el tiempo hubiese disuelto esas categorías tan engañosas como chantajistas para establecer parámetros éticos a una actividad esencial e intrínsecamente estética... pero se equivocaba. Digamos que la intensión era que aquel Congreso supusiera romper el hielo entre escritores que en muchos casos recién se conocían personalmente. Pero por desgracia no lo rompieron: lo destrozaron. Porque aquellas características parcelares de las que se lamentaba el nobel peruano seguían existiendo, y los telúricos y los evadidos habían maquillado sus nombres y diatribas para convertirse en andinos y criollos. Ambos parecían mirarse con suspicacia y contenido desdén.

¿Andinos y criollos? Esa fue la pregunta de aquel momento, pues luego de finalizar el Congreso y una vez regresados todos a sus lugares de origen, empezó la confrontación: durante cerca de dos meses los periódicos peruanos se sazonaron con cartas, artículos, comentarios encendidos, ácidos reproches y vituperios de todo calibre que los escritores nacionales dedicaban a sus acérrimos enemigos. Resultaba así que la vieja dicotomía de las que nos habló Vargas Llosa en Madrid refiriéndose al Perú de los años cincuenta apenas se había modificado y una dramática brecha de incomunicación y lejanía situaba muy diferenciadas dos corrientes que se excluían recíproca y obstinadamente: la de los escritores herederos de una tradición cosmopolita y la de quienes se consideraban tributarios de una raigambre menos occidentalizada y por lo tanto más andina. En todo caso, como ocurre en cualquier canon literario de cualquier lugar del mundo, eso siempre ha sido así. El problema es que en el Perú la existencia de una parece la amenaza de la otra, en lugar de consolidarse como dos vertientes nutricias de una misma tradición.

La pregunta ahora es: ¿Siguen siendo los escritores más jóvenes, los escritores de la era de internet, el correo electrónico, el terrorismo global y facebook como los de la generación anterior? Creo que no. Creo que muchos de esos jóvenes escritores que a principios de los años noventa empezaron a edificar su obra narrativa, lo hicieron desde el desencanto y, en gran medida, desde una curiosa apolitización que resultaba completamente alejada de los modelos todavía vigentes instaurados por el *Boom* latinoamericano: las grandes utopías, la conciencia social, la idea de una literatura comprometida con su tiempo nos ofrecieron las más bellas páginas de la ficción como barricadas contra la injusticia y los dictadores. Sin embargo, aquello parecía no ser el motivo central de las nuevas ficciones que se estaban gestando en el seno de una sociedad crispada y sujeta a dramáticos cambios.

Los más jóvenes escritores —latinoamericanos en general y peruanos en particular— parecen descreer de todas aquellas utopías y todos aquellos modelos narrativos. O al menos, quienes siguen escribiendo de temas más o menos políticos o desde el «compromiso social» lo hacen de una manera distinta, más atenuada ideológicamente. Y ese hecho se ha acentuado con el fenómeno migratorio que ha disuelto o al menos ha resquebrajado las categorías tradicionales hasta el punto de que resulta difícil hablar hoy en día de una «literatura nacional» o al menos hacerlo siguiendo criterios más bien obsoletos de definición: no se trata tanto de los escritores peruanos ya afincados en España u otros países, como Fernando Iwasaki, Santiago Roncagliolo o Sergio Galarza, sino de los jóvenes escritores que se formarán en sus países adoptivos, como ha sido el caso de Daniel Alarcón, crecido y educado en los Estados Unidos y cuyo material narrativo, no obstante, sigue extrayéndose del Perú: *Radio Ciudad Perdida* o *War by candlelight* (*Guerra en la penumbra*, en español) son estremecedores frescos de una época y una sociedad en extremo convulsa y fragmentada.

Quizá pues, entre la diáspora, la globalización y el desencanto ideológico estamos construyendo, por fin, un mosaico literario integrado, menos homogéneo pero también más enriquecedor y que al final, como pretende el título de la novela de José María Arguedas, represente al Perú de todas las sangres ©